

Vila, al romper la aurora las nieblas,  
Por la serena atmósfera bajar.

Mis cabellos rozó, de mi existencia  
Al tocar las estériles regiones,  
Como rozan pasando los alciones  
La espuma de las olas de la mar.

Mis ojos y mis ansias la siguieron  
Para ver y adorar tanta hermosura,  
Tembló mi corazón: la mano dura  
De un nuevo sentimiento le oprimió.

Tenia la vision cabellos de oro;  
Caían por la nieve de su espalda  
Desprendidos del nudo de esmeralda,  
Que á su corona de oro los juntó.

En su frente un osado pensamiento,  
En sus ojos la llama del sol brilló;  
El fuego del placer en su mejilla  
Imprime audaz sus huellas de carmín.

En su labio el desden y la arrogancia;  
En su seno la miel. . . . y el mismo seno  
Guarda, cual aspid, pérfido veneno  
Que del tacto del amor, brota sin fin.

Con la cintura de la antigua Venus  
El carcomido corazón cubría:  
La luz boreal que en torno despedía  
Realzaba la mágica ilusión.

Llegóse á mí: ¿qué entonces me importaba  
Que encubrieran las rosas, las espinas,  
Y que encerrasen formas tan divinas  
Tanta humana miseria y corrupción!

Era la juventud! Su voz sonaba  
Como un canto de amor sobre los mares. . . .  
La postrer vibración de sus cantares  
En eco estéril de pesar tornó.

Por su voz de sirena fascinado,  
Le abrí mi ardiente corazón sencillo:  
¡Deslumbróme lo falso de su brillo;  
Lo cierto de sus males me alumbrió!

Ahora de placeres en tormentos  
Y al embate cruel de mis pasiones,  
Voy hollando mis propias ilusiones  
En pos corriendo del placer fugaz.

Se agolpa el desengaño á mi camino;  
Rompe mi pié su hielo, y sigo osado  
En pos de otro placer, jamás cansado,  
Con amargura siempre, y sin solaz.

Errando inquieto, delirante y ciego  
Desprecio lo que atrás deja mi paso;  
Hacia adelante voy, aunque al acaso;  
Ni lo que busco, ni lo que hallo sé.

Al borde del deleite pongo el labio,  
El fastidio está allí, y huyo sediento. . . .  
Pero agotar el caliz del tormento  
Hasta las heces, con valor podré,

Un instante fatal probé el deleite  
Y la insaciable sed que me devoró;  
Y de mi labio palpitante el beso  
De una hermosura marchitó la sien.

Su nombre es mi feroz remordimiento;  
Quema mi juventud cual rojo lava:  
La espina atroz que el corazón me clava  
No arrancan ni otro amor ni otro desen.

La duda, la tristeza, el desengaño;  
La ambición, el amor; un ansia loca  
Que mancilla ó destruye cuanto toca,  
Mi espíritu combaten con furor.

A su empuje tenaz, siento que el alma  
Un dardo emponzoñado me atraviesa:  
Cual crimen sin perdón, sobre mi pesa  
El despecho sombrío, aterrador.

No puedo con el llanto por los ojos  
El veneno lanzar que me devora,  
Y en vano busco la tremenda hora  
Que me liberte por piedad, de mí.

¡No sonará jamás! Vivo temiendo  
Que no la haya el Eterno señalado;  
Y maldigo la edad á que he llegado,  
Siempre dudando y padeciendo así.

Ante mí el porvenir estiendo inmenso  
Las alteradas ondas de sus mares;  
Vagan en sus espumas los pesares,  
Esperando un objeto á que asaltar;

Sordas mugen las olas solitarias,  
Combatiendo las playas del presente;  
Un paso más! . . . y el lampo refulgente  
Mi pobre barca alumbra en el mar.

Cada día, cada hora, cada instante  
Me hundo en el porvenir, como el navío  
Que al romper por las rocas del bajo,  
Al salobre elemento el seno abrió.

Cada instante, cada hora, cada día  
Es un nuevo eslabon de esa cadena  
Que enlaza la vez con la serena  
Edad, que cual relámpago pasó.

Detrás de mí, esqueleto lo pasado  
Su fosfórica luz vibra en la nada,  
Dó al sumergir mi lánguida mirada  
Palpitante en recuerdos le entreví.

Sin hojas ¡ay! las rosas del deleite;  
Mis mágicos ensueños sin colores;  
Mis deseos sin brio, y mis amores  
Sin ardor ni ilusión están allí.

¡Cómo apartar los ojos de esa nada  
¡Oh mis memorias de un ayer perdido!  
Sí aquí, en mi corazón, os he sentido  
Cual serpientes de fuego discutir!

Si al menos al calor de vuestra lumbre  
Mas tranquila mi vida resbalara;  
Si esa pálida luz arrebolara  
Los negros nubarrones del vivir;

Si mitigar pudierais mis deseos  
Y la insaciable sed que me devoró;  
O si un día á lo menos, si una hora  
Os viera sin afañ mi juventud;

En vosotros la vista clavaria,  
Y fijo el pensamiento en vuestra nada,  
Os dirigiera la postrer mirada  
Desde el fondo del fúnebre ataúd.

## III.

Grato es del alta noche en la pavana,  
Hacia la luz que en el hogar oscila  
Tornar sin esperanza la pupila  
De en medio de apartada selva oscura.

De en medio de un presente de amargura  
Grato es también tomar á la tranquila  
Edad, el pensamiento que vacila  
Entre tenores de la edad futura.

Comparando lo que es y lo que ha sido,  
Al porvenir amargo se previene  
El ánima, y espera resignada

Sabiendo que el vivir muy pronto es ido;  
Y que si un breve mal de Dios nos viene,  
Nos guarda un largo bien en su morada.

Abril 15 de 1843.—C. COLLADO.

EL JARDIN BOTANICO  
DEL PALACIO DE MEXICO.

TRADUCION del viaje de Mr. Beulloch un trozo en que habla del jardín botánico de Palacio. Mucha diferencia se notará entre esta descripción y el estado en que actualmente se halla dicho sitio, y solo la publicamos para excitar con este motivo al supremo gobierno, á que designando algunos pequeños fondos, se atienda y cultive dicho jardín, donde sin duda alguna tendrían que admirar los extranjeros el esplendor y fertilidad de la naturaleza de México. En el día, aunque se conservan algunas plantas esquisitas y que su lozanía y frescura son admirables, como dice Mr. Beulloch, las calzadas están llenas de yerbas, y las macetas sin cultivo alguno. Esto no lo atribuimos á los encargados de él, sino como queda expresado, á la falta de fondos que no permiten hacer las mejoras debidas. Dice así: "Este hermoso establecimiento ocupa uno de los ángulos del Palacio, y aunque colocado en medio de una población considerable, las producciones vegetales crecen con perfecto vigor. El extranjero encuentra allí un delicioso refugio contra los rayos de un sol ardiente, y el botánico ó admirador de las bellezas de la naturaleza, un regalo tal que ninguna otra parte de la Nueva-España, y aun puede ser del mundo, podría ofrecerle. El jardín está arreglado al estilo español, esto es, con calzadas rectas y de una vista óptica,

en cuyos lados hay grandes macetas con flores. Estas calzadas son mucho mas frescas por la multitud de plantas enredaderas, que subiendo por los árboles, y reuniéndose en el centro, forman una especie de pabellón ó techo á una fuente constantemente llena de agua. De este lugar salen pequeños arroyuelos que corriendo por todas partes en este pequeño paraíso, infunden vida y frescura á multitud de plantas elegantes que con sorpresa ve el europeo florecen al aire libre en este clima de eterna primavera, y esparcen sus perfumes sin el socorro de la mano del hombre. ¿Qué diferencia entre su rico y brillante aspecto, al que presentan las plantas, que merced á los cuidados y arteificio, se cultivan en Europa, y las cuales apenas se pueden conservar enfermizas y raquíticas algunos años, sin conseguirse la reproducción de su especie!

"Las manzanas, las peras, y otros frutos europeos, crecen al lado de los aguacates y de los mas deliciosos zapotes que recuerdo haber gustado en mi vida. El famoso árbol de las manitas (\*), que tanto ha excitado el interes de los botánicos, crece con gran pompa y lozanía. He traído algunas imitaciones en cera de estas curiosas flores, y de varias especies de cactus extraordinarios, casi todos originarios de México y que abundan en este jardín.

"Un número infinito de lindos pájaros, frecuente este sitio encantador; y como jamás son molestados, se muestran extremadamente confiados y familiares. El 3 de Abril vi en este jardín el primer pájaro-mosca, al que no había podido observar desde mi partida de Jamaica. Un mes despues los observé en gran número; sus graciosas evoluciones y sus brillantes plumas, aumentaban en gran manera los placeres inocentes que se disfrutaban en este sitio encantador."

Aquí manifiesta gran sentimiento el viajero, de que los fondos destinados para la conservación del jardín botánico hayan escaseado, y teme por tal causa, que se desquite ó arruine este establecimiento; luego concluye: "Me he procurado semillas y plantas de los árboles mas esquisitos de este jardín, que estaban en florecencia al tiempo de mi regreso á Europa; estas semillas están ahora en una tierra inglesa, y parece que prosperan, merced á los cuidados del Sr. Tato, en el jardín botánico de la calle de Sloana. Como la mayor parte de ellas son originarias de las regiones altas y templadas, tenso esperanzas de que naturalizadas en nuestro clima, las veremos florecer en nuestros jardines y en nuestros campos."

(\*) Muy pronto tendremos el gusto de publicar una litografía iluminada, que represente este árbol que tanto ha llamado la atención de los europeos, acompañada de una descripción científica.



## JUANA DE ARCO.

*Terra subtilifera herbas, eademque nocentes nutrit; et virtutes proxima sasep rosa est.*

ERA una hermosa mañana del mes de Julio, y por las puertas de la antigua ciudad de Rheims, una brillante procesion caminaba lentamente en medio de los aplausos y vivas del pueblo entusiasmado. Precedíala una tropa de guerreros mandada por Dunois, el mas noble y caballero justoador de la corte de Carlos VII. Prelados ataviados con todo el lujo y brillantez que la iglesia católica permite en sus magnates; señoras ricamente adornadas; caballeros cubiertos unos con todos los arcos de su galante y atrevida profesion, otros que habian sustituido á la brillante celada, el mas pacífico *mortier*, y á la pesada obra de los artifices de Milan la mas ligera y pomposa de los de Gante y Bayeux; monjes envueltos en su tosco buriel; soldados, mungeres y un inmenso gentío de todas clases, completaban la magnificencia de este cuadro verdaderamente encantador.

En medio de toda esta pompa marchaba el jóven monarca de Francia, sobre un hermoso alazan, ricamente enjaezado. A su derecha, sobre un caballo blanco como la nieve, aderezado con el mismo gusto y riqueza que el del rey, iba una jóven doncella en cuya fisonomía estaban retratadas la inocencia y la virtud. Una alegría angelical parecia difundirse por sus facciones al oír los elogios que por todas partes le tributaban sus agraciados compatriotas. Llevaba la cabeza cubierta de un pequeño helmete que apenas bastaba á contener los numerosos y dorados rizos de su larga cabellera; su diestra sostenía un estandarte, estandarte misterioso que cual otro Labarum, habia sido la señal de salvacion para todo un pueblo. Manejaba con despejo y bizarría su fogoso corcel, y en sus movimientos, su aire, su tallo y sus miradas, se notaba un no sé qué de divino y sobrenatural que inspiraba respeto, al mismo tiempo que predisponia en su favor. Esta jóven era la doncella de Orleans, la célebre Juana de Arco.

Nacida en la pequeña aldea de Domremi, de padres pobres, pero honrados, habia manifestado desde sus primeros años un excesivo afecto á la religion. A los trece de su edad tuvo una vision, á la cual le siguieron otras muchas, resultado muy natural de una imaginacion viva y

fogosa escitada por un sentimiento religioso esagerado. En ella se figuraba hablar con todos los santos de la corte del cielo, que le decian que solo ella podia salvar á su patria, sumergida entonces en la desgracia. Largo tiempo luchó con sus inspiraciones, ó como ella las llamaba sus voces; hasta que por fin cediendo á su impulso, abandonó la casa paterna y emprendió un viaje de ciento y cincuenta leguas, por pais enemigo y en medio del invierno, con el objeto de presentarse al rey, y darle cuenta de su mision. Fué bien recibida, y habiéndose revestido de una armadura completa, marchó á Orleans donde se hallaban encerradas las tropas francesas, y reducidas por los ingleses á la última estremidad. Arengó al ejército, le explicó la influencia divina que la animaba, y le aseguró la victoria. Efectivamente, ésta se siguió poco despues en una batalla en que Juana hizo prodigios de valor. A este triunfo se siguió la toma de Jargeau, defendida valerosa aunque inútilmente, por el jefe de los ingleses, Suffolk. La batalla de Patay, y las tomas de Mont-pipeau, Saint-Sigismond y Sully, completaron la derrota de los ingleses.

Ahora llena de gloria y colmada de honores la doncella de Orleans, acompañaba al jóven rey á Rheims, donde debia celebrarse su coronacion.

La cabalgada siguió su curso brillante hasta las puertas de la catedral. En ésta fué Carlos VII unguido rey de Francia, y terminada la ceremonia, el soberano se dirigió á Juana de Arco, diciendole que pidiere el premio que quisiere por sus relevantes servicios. Juana pidió una exencion perpetua de tributos á favor de su aldea, y permiso para retirarse á ella, puesto que habia desempeñado su mision. Carlos la concedió lo primero, añadiendo un título de nobleza para toda la familia; pero en cuanto á lo segundo, respondió que la juzgaba demasiado necesaria para su conservacion, y que de ninguna manera se privaria de los auxilios y seguridad que su valor le proporcionaba.

A pesar del desaliento que se apoderó de la heroína desde aquella época, aun obtuvo algunas victorias. Sin embargo, habia llegado el momento de estincion para aquel luminar.

El dia 24 de Mayo de 1430, estando situada en Compiègne, por el duque de Borgoña, hizo una vigorosa salida en union de Jacome de Chaban-

nes, Poton de Xaintrailles y otros caballeros. Logró al principio hacer replegar á los sitiadores; pero volviendo estos con mayor ímpetu y número, dispersaron á las pocas fuerzas de Juana, que se encontró repentinamente cercada de enemigos. Defendióse mucho tiempo con desesperacion; pero cayó al fin del caballo, y fué hecha prisionera por Lyonel de Vendome, caballero borguignon. Grande fué el regocijo de los ingleses al verse dueños de aquel ser frágil y delicado, que tantas veces les habia hecho temblar. Desosos de dar algun colorido de justicia al atentado que pensaban cometer, cosa bien fácil en aquel siglo de supersticion y de barbarie, la acusaron ante un tribunal eclesiástico como magia y hechicera. Amenazas, falsedades, preguntas insidiosas, todo pusieron en práctica sus depravados jueces para hacerla aparecer como criminal; pero nada fué bastante para hacerla vacilar, y frecuentemente los confundió con la justicia, energía y dignidad de sus respuestas.

Concluyese, por fin, la obra de iniquidad. El dia 24 de Mayo de 1431 (un año despues de su prision), Juana fué conducida al cementerio de Saint-Onen de Rouen, á vista de todo el pueblo. Un sacerdote fanático le predicó un mal sermón en que insultaba á Carlos VII y á su heroína. Ella lo desmintió en alta voz. Este hecho acabó de irritar á sus inenios jueces que pocos dias despues la condenaron á ser quemada á fuego lento.

La mañana que le notificaron la sentencia, ya para conducirla á la hoguera, su corazon no pudo soportar tanta afliccion, y prorumpió en lágrimas al recordar el dia de su brillante entrada en Rheims, ¡Qué distancia tan inmensa entre uno y otro dia! Entonces coronada con el laurel de la victoria, resonaban en su derredor las aclamaciones de un pueblo agradecido, y ahora triste, desamparada, por donde quiera que volviere los ojos solo encontraba una muchedumbre de gentes feroces y fanáticas, que la llenaban de imprecaciones y denuestos. Y al cabo de su penosa travesía se hallaba una hoguera; una hoguera que iba á consumir su florida juventud y sus mentidos sueños de gloria!

Ningun recurso le quedaba en la tierra, y elevando los ojos al cielo: "Apelo, dijo, al gran Dios, de las iniquidades que conmigo habeis hecho." Subió despues serenamente al cadalso y se ejecntó la bárbara sentencia de la inquisicion. Pretenden los historiadores, que se elevó de sus cenizas una blanca paloma, símbolo de su pureza virginal. El cardenal de Winchester las mandó recoger y arrojar al Sena, para que ni esta memoria quedase de la jóven entusiasta y magnánima, victima del amor de la patria.

Tal fué el desgraciado fin de la doncella de Orleans. Su memoria quedará siempre graba-

da en los corazones de las personas sensibles, y servirá de eterno baldón á sus cobardes asesinos. Su historia nos enseña que siempre han sido instrumentos de los crímenes mas horrendos el fanatismo y la supersticion.

A. A. FRANCO.

### AMOR PATRIAL.

Los anales de la república romana son los anales de la libertad, y por consiguiente de la virtud. En aquel pueblo de héroes es donde debian aprenderse el amor á la patria, el desinterés, la magnanimidad, el amor filial; en una palabra, todas las virtudes que conservan y engrandecen á las naciones: su nombre solo ha venido á ser el recuerdo de los hechos gloriosos, la inspiracion de las almas libres. Cualquiera de nuestras naciones junto á aquella vírgen austera, coronada con los laureles de la victoria, no es mas que una cortesana impura, que débil y corrompida se adormece con cantares de disolucion, y se embriaga con el aliento del deleite. Para nosotros es ya casi fantástico un Bruto que hace dar muerte á sus propios hijos que conspiraban contra la república, y un Caton que se atraviesa el pecho con su espada por no deber su vida á un tirano.

Mas ya que pasaron aquellos dias de gloria, dirijamos siquiera de cuando en cuando una mirada á la patria de los Camilos, y de los Fabricios; leamos una sola página de esa crónica inmortal de virtudes sin ejemplo.

Un dia del año 266 de Roma, se notaba en esta ciudad un inmenso trastorno: las mugeres vagaban por las calles con los ojos bañados en llanto; los niños corrían despavoridos en seguimiento de sus madres; los hombres se aprestaban al combate, y los viejos con voz trémula elevaban sus plegarias á los dioses.

A cuarenta estadios de la ciudad, se veía un campamento de Volscos, que era el que difundia en ella el espanto y la consternacion, y todos los soldados mostraban el ardimiento y la confianza del que tiene por segura la victoria. ¡Mas por qué tan arrogantes ahora aquellos mismos Volscos que cinco años antes habian sido derrotados por las huestes romanas? Porque el general es el alma del ejército, y ellos tenían á su cabeza á Coriolano.

Este romano, celoso defensor en tiempo de la república, y ahora su mortal enemigo, ganó en la toma de Coriolo, el sobrenombre de Coriolano con que era conocido, sirvió siempre á su patria con lealtad, y aunque patrio, logró grangearse con sus hazanas el amor del pueblo. Mas dotado de un carácter violento é inflexible que no le permitia ceder un ápice en sus pretensiones; con su conducta y lenguaje inconsi-



derados, se enagénó la voluntad del pueblo, y fue condenado á destierro por los mismos que lo habían proclamado su libertador.

Se refugió en el país de los Volscos, y allí encontró medio de llevar á cabo un proyecto de venganza contra una patria que había recompensado tan mal en su concepto, á uno de sus más fieles servidores. Hizo por medio de intrigas, que los romanos rompiesen una tregua pactada con los Volscos, quienes teniendo un pretexto para declararles la guerra á los primeros, le nombraron general del ejército que debía marchar sobre Roma, y he aquí por qué estaba capitaneando á los Volscos, el mismo que los había vencido en Coriolo.

Convencido el pueblo romano de la pericia y el valor de tan ilustre general, quiso que se implorara su clemencia, y se le prometiese levantarlo inmediatamente el destierro; y apesar de que el senado se oponía á semejante paso, hubo al fin que ceder á las instancias de una multitud poseída de terror. Le mandaron pues, una embajada compuesta de los perientes y de los amigos que tenía en Roma el orgulloso desterrado por este la recibió con asperza, y se mostró inflexible á los ruegos y á las promesas. Habiendo salido segunda vez la misma embajada, y habiendo tenido el mismo éxito, se le mandó una tercera de sacerdotes y pontífices, con sus vestidos de ceremonia, con toda la pompa imponente y sagrada de la religión; mas Coroliano que se había mostrado insensible á la amistad, se mostró también indiferente al lenguaje augusto de los representantes de los dioses. Entonces llegó á su colmo el desaliento en el pueblo; todos aguardaban por momentos el asalto, y contemplaban con horror en su mente, á Roma entregada al pillage, y envueltas quizá entre las llamas á sus hijas y á sus esposas, presa de un vencedor desapiadado, á los viejos y á los niños pasados á cuchillo por los Volscos. ¡Qué terrible era esta situación entonces, que la conquista era un torbellino que arrasaba las ciudades, un torrente que no dejaba ni una huella del pueblo conquistado!

Entretanto Veturia, matrona respetable, y Volunnia joven hermosa, con un niño en los brazos y otro de la mano, seguidas de otra multitud de damas ilustres, se encaminaban al campamento de los Volscos con la serenidad augusta y al continente magestuoso de aquella edad dorada en que la muger era la diosa del amor, y la sacerdotiza de la patria. Al mirar á lo lejos Coriolano, aquella multitud de mugeres sintió su corazón palpitár con la misma tranquilidad porque su alma era insensible á las seducciones del placer; pero cuando dijo uno de sus oficiales que las dos mugeres que venían á la cabeza de las demás eran Veturia y Volunnia, aquel hombre a-

dusto, nacido para hollar los deleites y desoir las súplicas, se estremeció, como la cierva á la vista del cazador; una lágrima quizá vacila un momento en el borde de sus párpados y rueda después por su mejilla: turbado precipitase de su tribunal y se adelanta á encontrarlas. — ¡Ah! Veturia era su madre y Volunnia su esposa. Ya las encuentra; sus brazos abiertos van á estrechar á la que le había criado á sus pechos, á la que le había arrullado con sus besos y calentado con su aliento; pero Veturia estendiendo desdeñosa su brazo hacia él. — "Aguarda, le dice, sepamos primero si hablo con un hijo ó con un enemigo de mi patria; si me ves como á tu madre ó como á tu cautiva. ¿Cómo has podido devastar la tierra en que viste la primera luz, y que te crió en su seno? ¿Cómo pudiste alzar tu brazo contra los muros que encierran á tus dioses á tu madre, á tu esposa, y á tus hijos? ¡Desdichada muger, que no ha sido madre sino para darle á su patria un opresor! Si no hubiera tenido un hijo moriría libre en una patria también libre. Mas, ¿de qué me quejo yo cuando mis males terminarán presto con mi vida? Mira á tus hijos, á quienes aguarda una muerte pronta ó una larga esclavitud. Coriolano estrecha á su madre entre sus brazos exclamando: Veturia, has vencido: abraza luego á su muger y á sus hijos, dirije ¡pobre desterrado! su última mirada á Roma y levanta su campo. ¡Qué muger! ¡Qué hijo!

JUAN N. NAVARRO.

#### REMITIDO.

SRES. redactores del Museo Mexicano.—Mis apreciables amigos y conciudadanos.—En el número 3 del acreditado periódico que vdes. redactan, he leído con el mayor placer una biografía del Sr. D. Francisco Javier Gamboa, escrita por nuestro esclarecido literato el Sr. Otero. La obra como salida de tales manos, es perfecta; pero nada ha hecho mas profunda impresion en mi corazón, que la sinceridad y buena fe con que el Sr. Otero asienta en el párrafo 9 de su biografía "que ningunos estudios pueden contribuir mejor á la formación del abogado, que los que acostumbra la inteligencia á la rectitud del juicio, y la imaginación á la delicadeza y hermosura de la espresion, es decir, las ciencias exactas, y la bella literatura."

Tal ha sido siempre mi creencia; y cada día me ratifico en ella mas y mas; pero ¡cuánto dolor veo que esa creencia no es la mas general! Las garras de la rutina han dejado tan profundas huellas en nuestro sistema de enseñanza, que centenares de personas juzgan todavía que el estudio de las ciencias exactas, y de la bella li-

teratura, es incompatible con el de cualquiera otro ramo de los conocimientos humanos. Confieso que en nuestros colegios se estudia como preliminar de la *facultad mayor*, esa indigesta compilación llamada *filosofía*; pero en lugar de que esta idea sea consolatoria, trae consigo alas de que el *ergo* todavía resuena en nuestras aulas.

Estoy lejos de pensar, como muchos, que la forma silogística, conduce necesariamente al error; y de ancha cabida á los sofismas. No siempre se debe tachar el uso de una cosa; las mas veces será suficiente tachar su abuso. Desgraciadamente, como dice Dumarsais, el hombre todo abandonará primero que sus preocupaciones, y hombres nutridos con el insalubre alimento mental que les proporcionan nuestros institutos, juzgarán un crimen de lesa-majestad literaria, esta sencilla manifestacion de mis opiniones; mas yo les suplico que desunándose, si posible fuere de toda prevención, cesarnet con la calma y sangre fria de la razon y el buen sentido, los irreparables males que acarrea consigo nuestro vicioso método de enseñanza.

Permítaseme trazar la carrera de un estudiante de colegio, restringiéndome al caso de que trate de emprender la profesion de abogado.

Generalmente á los ocho años, cuando ya el niño ha salido de la escuela, donde ha permanecido cuatro años por lo menos, escribiendo de suelto y leyendo de corrido, para servirme de la fraseología pedagógica, entra al colegio á estudiar *gramática*; mas no se vaya á creer que le salda de su propia lengua, porque esta á lo sumo la saludaria por el forro en la escuela. Entra á estudiar *Gramática latina*, y en esto se pasan tres años, si es medianamente aplicado, porque si no...

Nada diré de la multitud de reglas con que le atestan la cabeza; baste decir que si al concluir el estudio del latin, se le presenta á Tácito, Salsustio, ó otro escritor del mismo género, grandes dificultades ha de haber para que les pueda esprimir algun sentido.

He aquí el estudiante que pasa á filosofía, tal vez después de una lucida oposicion en que ha ostentado sus profundos conocimientos en la lectura de los autores clásicos, y recitado grandes trozos de los bárbaros versos latinos de Nebrija, ó de las insulsas redondillas de Iriarte. Va á estudiar *filosofía*. En la filosofía se me cae de las manos al escribir esta palabra. Filosofía entre nosotros quiere decir un vasto conjunto de cosas útiles é inútiles, espuestas sin ningun respeto á las leyes del método, plagado de errores, de ineptitudes, de falsedades... en fin todo encuentra uno allí, menos lo que busca, y su nombre, como el del demonio que nuestro Redentor lan-

zó á la piara de cerdos, es *legión*. Entonces el joven aprende que: "asserit A. negat O. &c." con otras mil lineezas de este jéner; entonces se le inicia en los profundos misterios del ergetismo, y al cabo de tres años sale triunfante de las aulas, y se le califica de apto para pasar á estudiar *facultad mayor*. He dicho que consideraría tan solamente al estudiante que se dedica á la carrera del foro. Así pues, echemos una mirada sobre los conocimientos que se juzgan entre nosotros suficientes para comenzar el estudio del derecho. Pésimo latin, una cosa que llaman lógica *quasi lucus non lucendo*, *metafísica ética*, matemáticas y física, que dividen en general y particular. "Ni están todos los que son, ni son todos los que están," dice un proloquio vulgar, que viene muy á pelo en el caso presente. Cosas hay en esto que no son absolutamente necesarias para un abogado, en tanto que faltan muchas, muchísimas que le son indispensables. ¿Dónde está el estudio de la historia, que tanto encarecimiento y con tanta razon recomiendo al estudiante de derecho, el ilustrado Dupin? ¿Dónde está el estudio del arte de hablar, sin el cual jamas podrá un abogado hacer valer la justicia de sus partes? Nada de esto hay el curso: *bon gré, mal gré*, se deberá conformar el cursante de jurisprudencia con lo que el expo en suerte aprender en el curso de artes. Ya tenemos á nuestro mártir literario de quince á diez y seis años, cursando la cátedra de leyes, ó de cánones, ó de leyes y de cánones, como sucede en algunos colegios. Allí tiene en ciertos dias de la semana obligacion de impugnar ó defender á su autor, método ciertamente muy adecuado para conocer la solidez de los fundamentos del derecho, ó mas bien, dejando aparte la ironía, para imbuir desde la cuna de su educacion jurídica, al joven abogado en las sutilezas y miserables subterfugios de la chicana. — Y en esto se pasan tres años, y si alguno demuestra que es necesario reformar semejantes ideas, y considerar á la educacion bajo un punto de vista mas liberal é ideológico, se le tiene por un réprobo, por un hereje, digno de salir con Sambaiento y vela verde en algun auto de fé literario!

Vdes. dispensen, Sres. Editores, el desalio de estos renglones que he trazado, impellido del amor á mi patria y á mis conciudadanos. Acaso en otra carta que dirija á vdes., amplificaré las ideas que en esta he vertido; y entretanto, me repito su afectísimo amigo y servidor, q. b. es. m.—F.

El sublime amor de una madre por sus hijos, es la única afeccion en que no se mezcla el egoísmo.



## EL CEROXILO, Ó PALMERO DE CERA.\*

Sobre las cimas mas elevadas de la cadena de los Andes del Perú y las mas inmediatas á las nieves eternas, crece el mas grande de los palmeros conocidos, aquel al que se ha dado el nombre de *cerozytum andicola* por la singular propiedad que tiene de dar cera. Su cima, que se pierde entre las nubes, sube á mas de 50 metros; algunas veces aun llega á 60, e insulta el poder de los vientos. Sus hojas aladas tienen de 6 á 8 metros de largo, lo que anuncia una fuerza de vegetacion extraordinaria, sobre todo, bajo la influencia de una temperatura tan baja como la de los sitios que se complace en habitar esclusivamente este soberbio, este útil palmero. Por medio de un raspador los habitantes de las cordilleras, y en particular los de Quindín, recogen con cuidado la cera que se escapa de los anillos, que resultan de la caída de las *palmas* ú hojas inferiores) y que forman á lo largo del tronco una capa de 5 á 10 milímetros de espesor. Esta sustancia se llama por ellos *cera de palma*, y les sirve para fabricar bujías y tejós que venden. El fruto del ceróxilo es una *drupa* violada, que hace las delicias de algunos pájaros. Está situado en la cima de la alta columna; y ocupa el centro de esa roseta que forman las hojas que la terminan. Este palmero pertenece á la *Poligamia monoécia* de Lin.

La *Ceroxilina* ó cera de palma, es una materia combustíble, una verdadera resina que da un tercio de cera pura. Se le pone á hervir en agua, y cuando está casi fría, se le retira, y se forma de ella una masa. Se ha dicho que tiene una grande analogía con las resinas; en efecto, la solubilidad en la agua de una cierta porcion de su materia extractiva amarga, la solubilidad mas notable en el alcohol frio de su resina soluble; en fin, la disolubilidad completa en el alcohol hirviendo y en el éter de su parte insoluble en el alcohol frio (la sub-resina), le asemejan enteramente á las resinas, aunque carece del aceite volátil que le es inherente. Por el enfriamiento, la materia cristalina toma la consistencia de una gelatina, bajo la forma de cristalización byssoida. El aspecto de la cera de palma, es de un amarillo blanquizco, es de una ligereza notable, porosa, poco consistente, de un olor casi nulo á la temperatura ordinaria; pero que se hace mas sensible por el calor, y sobre todo por la

aproximacion de un cuerpo en combustion; entonce se eschala un olor resinoso, débil y agradable: Su sabor amargo no es apreciable sino cuando se le pone á disolver en el alcohol. La cera de palma sirve en la economia doméstica; se hacen de ella bujías, que dan una bella luz y poco humo.

Del Perú se han introducido á la república varias plantas, como el *árbol del Perú*, *Molle* ó *schinus Molle*, y algunas variedades de *papa*. Seria tambien de grande utilidad para México la introduccion y propagacion de la Quina y de la Palma de cera. Plantado este hermoso palmero en nuestras mas áridas montañas, supliria en mucha parte la falta de los pinos, encinos y cedros que formaban nuestros antiguos bosques, y proporcionaria un nuevo ramo de industria. Esperamos que el gobierno, ó algun rico propietario del pais, se honrará muy pronto con la benéfica introduccion de la palma de cera, y que muchos mexicanos se empeñarán en propagar un vegetal tan útil y tan bello.—L. R.

### BOLETIN SEMANARIO.

Se presentaron á la Academia los proyectos para el monumento que para perpetuar la memoria de la independencia debe erigirse en la plaza principal. El Sr. Griffon obtuvo el premio, y fue desde luego admitido en el seno de la Academia, lo mismo que el Sr. Hidalgo que obtuvo el *accessit*. Sin embargo, se dice, que el proyecto de nuestro compatriota el Sr. Casarin es muy digno de considerarse, porque reúne la correccion á la belleza.

Los periódicos políticos de esta semana anuncian el incendio del bergantín Tartar, que tenia á su bordo la artillería mandada construir por el supremo gobierno de la república, para la marina y castillo de S. Juan de Ulúa. Este suceso acacció en la rada de Southampton el dia 2 de Junio anterior.

El dia 16 se desprendió una pared del teatro que se está construyendo en la calle de Vergara, causando la muerte de dos operarios, y dejando otros tres gravemente heridos.

El Parian se sigue destruyendo á gran prisa valiéndose de lazos que derriban lienzos enteros de las paredes.

(\*) Este artículo contiene mas pormenores sobre la *palma de cera*, que el que publicamos sobre la misma planta en el tom. 1.º de este periódico.



## EL GENERAL

## DON MANUEL DE MIER Y TERAN.



D. M. DE MIER Y TERÁN. DISEÑO DE DON ANTONIO DE VILLANUEVA.

MIENTRAS mas se registra la historia, ó se atraen á la mente los sucesos contemporáneos, mas se convence uno de lo falsa, peligrosa y trágica que es la carrera de esos seres que se llaman hombres públicos, que aparecen en todas las revoluciones, en todas las batallas, en todos los acontecimientos, y que al fin mueren... y mueren sin gloria, sin ilusión, sin tranquilidad, qué sé yo... hasta sin esas palabras religiosas que la piedad cristiana arroja sobre el lecho de un moribundo, por mas infeliz que sea.

El hacer una anatomía de los sufrimientos morales de un hombre público, deberá ser un objeto demasiado vasto para Mr. Balzac, ese anatomista del alma, que sin fastidiar, ocupa medio tomo con su terrible historia de Luis Lambert.

En efecto, un hombre público que brilla, que se apaga, que vuelve á relucir, que vence, que se derrotan, que tan pronto está circundado del aura del pueblo, como de los dieterios de una faccion, que rie en público, que llora en secreto, que estudia toda la vida para ignorarlo todo, que recorre las mil órbitas de una sociedad, que se roza en su paso con los cobardes, con los valientes, con los usureros, con los aduladores, con los avaros, con los aspirantes, y que al fin no tiene mas que una tierra fria donde reposar; es un objeto grande, muy grande para la investigacion de un filósofo.

Estas ideas poco mas ó menos me ocurrieron, cuando parado junto á una tápia derruida, que llaman cementerio en Padilla, ví una losa sin inscripcion, sin adorno, una losa grosera, arrancada solamente del cerro, que pesaba sobre dos cadáveres. Turbide que fué asesinado, y Terán que se suicidó. ¡Qué grandes y hermosos nombres! ¡TURBIDE Y TERAN!!!

¡Cómo deseaba yo en aquel momento haber conocido y tratado íntimamente á aquellos hom-

Tom. II.—VI

bres, saber las particularidades de su vida privada, y los grandes acontecimientos de su carrera pública! ¡Oh! decía yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía; pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frías que vemos en los diarios; sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso, que jamas olvidan los hombres de Europa, cuando hablan de sus capitanes, de sus sabios y de sus artistas.

Pero dos verdades desconsoladoras vinieron á mi mente, á saber: Que esos hombres á quienes hemos visto y tratado, á quienes hemos observado, por decirlo así, en sus ruines pasiones y en sus ruines defectos humanos, no pueden tener jamas el atractivo y el entusiasmo que nos causa un Federico, un Pedro el Grande, un Napoleon.—Estos son colosos que se ven aun mas grandes de este lado del Océano.—La otra verdad es, la de que muerto un hombre en México, quedan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica é imparcial.

Sea como fuere, yo creo que cuando un hombre hace cosas que por mas sencillas y fáciles que parezcan, no ejecutan los demas, ese hombre es singular, ese hombre merece un recuerdo, una página en la historia, ó un distintivo que lo saque de esa confusion social, en que deben quedar sumergidos los que no han tenido energia para distinguirse en las armas, en las ciencias, en las bellas letras, y que su espíritu y su cerebro son medianos para hacer mal, y nulos para hacer bien.

Ergo, como el general cuyo cuerpo reposaba sobre el cuerpo del emperador, en la lejana sepultura de Padilla, tuvo muchas páginas brillantes en el libro de su vida, es preciso que bien

.....  
 .....  
 Y hoy ¿dónde el que está? ¿Dónde está el saltao,  
 El campeon denodado,  
 Que allá en nuestras fronteras colocado,  
 El solo al estancamiento detenia,  
 Y un ejército entero nos valia!

José María Lacunza.



ó mal le consagre unos renglones en esta serie de frios y mal forjados artículos que he querido llamar impresiones de viage.

La noche que el cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la independencia, examinó seriamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado, sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexión lo llenó de un profundo desconsuelo; pero á poco, echó de beber á los doce serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una calma glacial, dijo: "La suerte está echada, y pagaré con mi cabeza; pero he arrojado una semilla que jamás arrancará la España." Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la certeza de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mandó repicar las campanas de su curato.

El vaticinio se cumplió.—Cayó la cabeza del cura y cayeron otras muchas; pero pareció que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte, brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos despojas y de bandidos liberales, é inundado de la sangre de mexicanos y españoles, se veían aparecer y lucir cada vez mas claros algunos genios que merecerán la veneración, no solo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mundo comienzan por un orden regular. La encina no nace ya robusta y corpulenta, como tampoco las facultades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima convicción de que defendía una causa que había de triunfar. Este jefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oajaca, unido á las fuerzas independientes que había por aquel país, y como es de suponerse, las escaramuzas se habían sucedido unas á otras; pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oajaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Cilaoyapan. Un día dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—Sabe vd. compañero, que vamos á ser derrotados por los españoles!

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—Y no discurre vd. un medio de libramos?

—Solo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

Sesma menó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes: Buena advinanza la del teniente coronel.

La noche siguiente, con mucho silencio salió el teniente coronel con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería al cuidado de un capitán llamado Perez, y cayendo de improviso, comenzó él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no había ya ningún enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto ejecentó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el congreso de Apatzingan le envió un escudo de honor.

Este hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, sería después el Escmo. Sr. general D. MANUEL DE MIER Y TERAN.

En el instante en que se da el grito de rebelión, aunque tenga por causa la mas santa y justa del mundo, los vínculos que ligan al hombre con la ley quedan disueltos. Hé aquí por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres; con los intereses, y no con el patriotismo; con las pasiones, y no con la virtud. El que dude de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Síguese tambien que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no solo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambición de sus adictos.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurrección, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa; pero devorados en lo interior del pensamiento de sobreponerse á los demas, y aun muchas veces querían abrogarse el derecho de mandar despóticamente sobre los otros jefes. Uno de estos era Rosains, hombre arrebatado, colérico, y hasta sanguinario, segun se deduce de la historia de sus hechos.

Teran millaba á las órdenes de Rosains en la provincia de Oajaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus expediciones, y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se vio obligado á trabar, el 27 de Julio, una acción en las barrancas de Jamapan con un guerrillero llamado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su comun enemi-

go. Por desgracia esto se ha repetido con frecuencia de entonces acá.

Teran no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que después que obraron no reflexionan; así es que, considerado naturalmente que había sido en este lance un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Después de hecha esta reflexión, Teran ni amaba ni obedecía de corazón á Rosains, aunque lo siguió por de pronto á una espedición por el rumbo de Huamantla, en que se trataba tambien de bair á Osorno, otro cabecilla insurgente, que había negado la obediencia á Rosains.

Llegó pues una ocasión en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se abocase Teran con el mismo guerrillero Luna á quien había batido, y llevara á cabo el proyecto que había concebido.

—Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapan, le dijo Teran con una voz compungida.

—Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero vd. vé que la defensa es natural.

—Y cree vd. todavía que yo tuve la culpa de que llegáramos á ese extremo?

—No....

—Vamos, amigo Luna, le interrumpió Teran, dándole afectuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de vd. y ademas, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el gobierno español, no las había de convertir contra mis hermanos.

—El Sr. Rosains, contestó Luna, me ha asegurado que vd. tuvo la culpa de todo, y luego como vd. mandó la acción y....

—Rosains!... exclamó Teran mordiendo los labios.

—Sí señor.

—Francamente quiero que me diga vd., continuó Teran, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Creo que no, respondió Luna.

—Bien, y vd. estaría á las órdenes de un hombre semejante?

—No.

—Pues sepa vd. que Rosains es el que ordenó batiera á vd. hasta no dejarle un hombre.

—Rosains!... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Teran, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—Es posible!... Pero...

—Si vd. no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo solo; y si no puedo, me marcharé á mi casa.

Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¿Con que no responde vd., Luna! Acuer-

dese que el pobre Martínez murió atravesado de balas, por oponerse á la autoridad de Rosains.

—Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de vd.

—Y cree vd., le interrumpió Teran, que soy un niño que me dejaré matar impunemente? Cuando yo le digo á vd. esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso....

—Cuento con vd. ¿no es verdad?

Luna presentó la mano, que Teran la estrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rosains en su cama con una gran montera de dormir, y jurando como un cabo, por no sé qué falta de su asistente.

—¡Voto á Dios!, le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal. ¿Por qué no has hecho lo que te ordené?

El pobre soldado que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rosains continuó:

—¡Voto á Dios! Todos vds. son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te de sacar mas de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á Dios! que esta genteualla ha dado en perderme el respeto; pero ya se vé, lo mismo eres tú que ese otro menguado de Osorno, muy ufano con sus hechos, y es mas bestia que un cabo de escuadra. ¡He! márchate, ¡voto á Dios! ó te rompo la nuca con.... diciendo esto, se agachaba á tomar algun trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado mas que de prisa dió la vuelta, abrió la mampara, y se presentaron á ese tiempo Luna y Teran.

—¡Voto á Dios! continuó Rosains, que me ha dado un buen desayuno este bribon asistente.—¿Qué se ofrece, que tan de mañana tengo á vds. por mi casa?

—Hay asuntos, le contestó Teran, que no ofrecen demora.

—¿Veamos cuáles?

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven mas para perjudicar á la causa de la patria que para defenderla.

—Y ¿dónde están esos hombres? interrumpió Rosains, frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Teran con mucha calma, y por fortuna podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á vd?

—Sí, sí, me parece....

—Para no andar con mas rodeos, vd. es uno de esos hombres, y por tanto venimos á prenderlo.

Rosains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera; pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que



Rosains se quedó en la posición en que estaba y dijo:—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera. En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni había otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Teran, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á vd. mas arbitrio que resignarse con su suerte; con que háganos vd. favor de vestirse, ó de lo contrario lo liarémos á vd. con todo y colchon, y como un farlo inútil, lo dejaremos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños, y dijo:

—Muy bien, Sr. Teran. No creía yo que vd. era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas; yo creía que vd. era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á vd. de en medio, para que no perjudique al país.

—Sí, sí, fusilarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz bronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de las manos los pantalones que había tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á vd. que se vista, interrumpió Teran con mas dulzura, mirando el fatal efecto que habían hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de vd., el traidor Teran se encargará de dulcificarla; tranquilícese vd.

Con esto se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestir, salieron los tres de la recámara.

D. Pablo Mendivil, hablando de Rosains, dice: «Fué entregado á Luna, conducido después al Departamento de Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposición del congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del secretario del arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia.»

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Cilaquaoapan fué el de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunía el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen á mi modo de ver un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad, proporcionó á Teran el quedar sin rival en el mando militar, aunque no exento de algunos temores, respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

No habían pasado dos meses del suceso que ya referido, cuando una mañana muy temprano salió Teran de su habitación, con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando tenéti-co: «*que toquen generala; que toquen botasilla;*

*que toquen asamblea; ¡á las armas! corranos!»*.—Los soldados de guardia creyeron que su jefe se había vuelto loco, y no sabían que hacer, hasta que el cabo cuadrándose á su frente y con la mano en el casco, le dijo:—«¿Qué ordena mi coronel?»

Esta interpelecion sacó de su éstasis á Teran; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco su elasticidad, y recobrando su sangre fría, sonrió con los soldados, y le dijo al cabo:—«Tenemos que marchar hoy mismo, y cuento con mis buenos y valientes soldados.»

—Viva nuestro coronel! ¡viva la patria! interrumpieron los soldados!

El coronel continuó:—Cabo, vaya vd. en persona á decirle al mayor que venga al momento.

El cabo corrió á ejecutar el orden, y el coronel arreglando su vestido, echó una mirada de satisfacción á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos días, mayor. El mayor se inclinó. Tenemos que marchar en este momento á Teotitlán. Alvarez tiene sitiado en este momento á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese jóven que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—A qué horas se da el segundo?

—A las once.

—Y el tercero?

—Cuando yo lo mande.

—Muy bien. ¡Tiene vd. otra cosa que ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de vd., mi coronel.

El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al día siguiente la pequeña tropa, que apenas se componía de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaría trabajo pasar aun á los mismos leopardos y lobos. Los soldados estaban casi agonizando con la fatiga, y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herían sus pies descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditación. De repente dió orden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas, y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y de entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó lleno de decision; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y coronel son iguales.

Los soldados reanimados, gritaron:—Viva el

coronel! ¡Viva la nacion! y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

—Qué sublime sería ver este puñado de hombres!

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su jefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió orden que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando él un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya desliziéndose como una fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos. Bien, dijo él: estos soldados son escelentes para mi plan. Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver solo á unos cuantos centinelas inmóviles como unas estátuas; aplicó el oído y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el graznido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observacion, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por en medio de la avanzada, vino á juntarse con sus soldados. Inmediatamente ordenó la marcha en hileras, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiracion, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el sub-teniente Ezeta que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiracion.

—Oficial, ¿quiere vd. conservar la vida?

—Perdon, gracia, gracia, prorrumpió el oficial desparovido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Teran. Si vd. está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le permito que vuelva á roncar como un ganapan, á pesar de que es contra ordenanza.

—Todo lo que vd. quiera hará.

—Bien. Cabo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al señor oficial, y si acaso se mueve un soldado ó el chista palabra, lo claves con la bayoneta.

Teran siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña loma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogones alumbró una porcion de bultos informes. Dada la primera descarga avanzó con sable en mano, y sus soldados tras él con

bayoneta calada. La confusion y gritaría fué horrenda; pero quince minutos despues mandó tocar reunion, porque los seiscientos enemigos habían abandonado el campo á toda prisá. La fortaleza de Teotitlán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor patrio eran vínculos que los hacian amarse doblemente.

En estos tiempos azarosos, de agitacion y de guerra, los acontecimientos se sucedian unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacan, tenia noticia de la próxima llegada del congreso, que convocó en Chilpancingo el Sr. Morelos, y pensó seriamente que esta reunion, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el libre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al congreso, y como nuestro coronel era de maneras finas y áfables, no mostró ninguna prevencion hostil contra los ambulantes diputados; pero sí determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el trasladarlos á una hacienda llamada S. Francisco.

En cuanto á los gobernantes, mandaban donde quiera que se hallasen, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pesar de su inestabilidad de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecian, á la manera que el digno preboste Tristan L'Hermite, armado de su garrucha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia en nombre de su agosto amo el Sr. Luis XI.

Bien que el congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, sí daba multitud de decretos inoportunos que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Estas y otras mas consideraciones vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que había hecho con nuestro buen conocido Rosains. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales bruscos y gróseros, trató de cesigirle cuentas, y como se presumirá, no de la manera mas atenta.

—Rayo del cielo! dijo Teran. Es la cosa mas admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirme cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los soles



ardientes que han tostado mi rostro; de los latidos que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazón, incapaz de manciullarse con la vil codicia.—Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacerse de esta reunión de locos que se llama congreso. ¿Le cabe á vd. en el juicio que mis paisanos, que me han visto esponer mil veces mi cabeza, me traten de ladron? ¡Vive el cielo, mayor, que podría á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventana!... Y lo haré, si se fort.—

El mayor se estremeció, y el coronel habiéndolo advertido, prosiguió:

—Tiene vd. razon, mayor: su silencio me da á entender que no es vd. de mi dictámen. Un momento de cólera me ha hecho prorrumpir en mil necesidades. Si yo he de vivir en la historia de mi país, no quiero tener una mancha de sangre que oscurezca mis pequeños sacrificios. Por otra parte, esos hombres esponen tambien su cabeza por la patria, y no debe ser un mexicano el que la separe de su cuello.

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de enmedio, es decir, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos, por ejemplo, unos dias, y despues dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas. — ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, mayor, daré á vd. mañana mis instrucciones; por ahora necesito descansar un poco y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolucion del congreso, y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los Sres. D. Antonio Cumplido, D. Ignacio Alas y D. Manuel de Mier y Teran.

Los miembros del congreso fueron arrestados; pero á los tres dias comenzaron á salir en libertad. Fue así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Teran, en poco tiempo, desde la esfera de subalterno despreciado por su gefe, al rango de magnate del gobierno provisional de la república.

Nuestro respetable historiador y anticuario D. Carlos Bustamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Teran, y de considerar este acto como un borron que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, seáme licito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinion, y acogermela á la de otro historiador mas atrevido y mas enérgico para pintar á las cosas y á los hombres. D. Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento se espresa así: «D. Manuel Teran se encontró «embarazado con muchos mandones, despues de

«haber conseguido libertarse de uno, con el indulto de Rosains. Vió que una junta de clérigos y abogados, que se llamaban diputados de la nacion mexicana, pero que en realidad no eran mas que unos usurpadores de este título honorífico, nombrados los mas por sí mismos, sin siquiera las cualidades de valor y conocimientos, que hacen tolerable la usurpacion, venian á poner obstáculos á sus empresas militares, y á causar en la provincia de Oajaca los males que ya habian hecho en la de México y Valladolid.»

Que Teran tenia ideas liberales no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprobaban; pero conocia que en las circunstancias que guardaba la insurreccion del país, no convenia aun el establecimiento de un gobierno democrático, bueno solo para cuando los países están en tranquilidad, y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detencion de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó despues de la disolucion del congreso, en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opinion de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra, en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los gefes á quien las comunicó las repelieron, y sus dos cólegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

Este golpe no desanimó á Teran: reflexionó que para ser algo en el mundo se necesita pasar por una serie de peligros y por una cadena de sinsabores y contradicciones, y una vez puesto en este camino áspero que conduce á la inmortalidad, aceptó gustoso la muerte que podian darle los enemigos, y la ingratitude con que preveía le pagarían sus conciudadanos. Con el mismo entusiasmo y ardor con que comenzó sus campañas, salió á otra nueva por el rumbo de Tepegi de las Sedas. Sabiendo que la plaza de Acatlan, donde mandaba el conde de la Cadena, se hallaba sitiada por las fuerzas de Guerrero, se aproximó y sostuvo con un cañon y alguna infantería, cuatro dias, un fuego vivísimo hasta que supo que Samaniego se encaminaba á atacar á Tepegi. Voló, pues, en auxilio de su hermano que se hallaba allí; pero los enemigos se habian retirado á la hacienda del Rosario, donde marchó á atacarlos, lo que en efecto ejecutó con un valor y dondeño incomparables. La jornada dió por resultado la total dispersion de las tropas españolas, mandadas por un gefe llamado Barradas. Esta escena se habia de repetir estorcer años despues en las riberas del Pánuco.

Teran, despues de esta feliz expedicion, re-

gresó á Tehuacan, y desde allí dirigió continuamente guerrillas que interceptasen los convoyes enemigos, y hostilizasen las fuerzas realistas; pero ya se ha dicho que Teran no era de esos hombres sanguinarios y bárbaros que mezclan sus hazafias con crímenes, y que el furor del partido ciega su vista y embota la sensibilidad de su corazón. Estaba finitivamente convencido de la justicia de la causa porque peleaba; pero esto no le hacia olvidar el derecho que tienen los hombres de reclamar de sus enemigos la observancia de las leyes divinas y humanas que señalan los derechos de la humanidad en general. Esto en tiempos pacíficos y entre sociedades adelantadas en la civilizacion, nada tiene de singular; pero sí lo era en la época de la insurreccion de México, en que tanto los gefes españoles como los caudillos mexicanos, se dejaban guiar muchas veces por un espíritu infernal, que los arrastraba á cometer crueldades y asesinatos, propios mas bien de los remotos tiempos de Caligula y Nerón que de una sociedad del siglo XIX.

Conocido ya el carácter de Teran, debe creerse que cualquier violencia militar lo incomodaba demasiado, y una de ellas fué la de la noticia que tuvo del desenfreno é iniquidades del capitán Fiallo en el pacífico pueblo de Tepegi. Mandó arrestar inmediatamente y formarle causa como era debido. Fiallo se mostró sumiso y resignado; pero aprovechándose de los quejosos y descontentos, que nunca faltan, formó una conspiracion dentro del mismo calabozo, que tenía por objeto asesinar á Teran y sus adictos; mas como veremos, sus proyectos se frustraron.

Una mañana entró Teran al calabozo de Fiallo, con el designio de tener una conferencia con él, y encontrar acaso algun medio de que la causa no se pusiera en un mal estado. Fiallo era valiente, y Teran estaba inclinado á salvarlo.

—Me acaban de decir, capitán, que vd. solicitaba verme, y como justamente sali con esa intencion, el asistente de vd. me encontró en la mitad del camino.

—Quería hablar á V. E., respondió el capitán, levantándose de una tarima donde estaba sentado, de los asuntos relativos á mi causa, porque espero que oyéndome vd. se convencerá de que muchos de los crímenes que se me imputan son falsos.

—Mucho me alegraría de ello, le contestó Teran, y desearia con toda mi alma que saliese vd. purificado, porque me ha merecido el concepto de valiente, y los sucesos que se le imputan son propios de un cobarde.

El capitán se puso encendido, y respondió: —En cuanto al valor que tengo, tal vez pronto lo acreditaré á V. E.

Teran no entendió el sentido de estas palabras, y le respondió:—Sí, hará vd. muy bien: si

sale libre, debe lavar con hechos gloriosos la tacha que echó vd. á su carrera.

A este tiempo Teran observó en la pared la sombra de un brazo armado con un puñal, y volviendo la cara, se encontró con que un soldado cruzado de brazos estaba detras de él.

—¡Hola! ¿y qué haces tú aquí? ¿Cómo te has introducido sin ser sentido? ¿Qué hace este soldado aquí, señor capitán?

El capitán cayó pálido y casi sin sentido en la tarima. Teran comprendió al momento que habia algun enigma en esto, y volviendo con mucha cólera á interpellar al soldado, lo tomó del brazo.

—Por Dios que si no me dices por qué estas de brazos de mí, y á qué has venido, te mando dar cuatro balazos en el acto.

El soldado trémulo, cayó de rodillas esclamando: ¡perdon! ¡perdon!

—Vamos, levántate, y como digas la verdad, serás perdonado.

—Señor, yo venia á... matar á vd., y al decir esto tiró por el suelo el puñal que tenia oculto.

—¡Hola! continuó Teran, con calma y levantando el puñal del suelo, ¿con que este es el valor que quería vd. darme á conocer, Sr. capitán?

El capitán pálido, con los ojos desecados, y la boca entre abierta, murmuró unas palabras ininteligibles.

Teran entonces dijo con indignacion al soldado:—Olvida para siempre que te has encontrado frente á tu gefe con un puñal en la mano, y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podria vengarme. El soldado salió temblando.

—En cuanto á vd., señor capitán, la ley lo castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitán fué fusilado á pocos dias.

Despues de este acontecimiento, Teran tuvo multitud de lances de guerra; pero ya la fortuna se habia cansado de protegerlo: sufrió una derrota y experimentó crueles padecimientos en la expedicion que intentó á Goazacoalcos.

Despues de reñidas y desastrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho, y este entró en posesion de Tehuacan y Cerro Colorado, que eran los puntos mas fuertes de los insurgentes. Teran, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algun tiempo en la obscuridad y en la pobreza, convencido de que son humo esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.



Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares más valientes, hábiles y honrados que ha producido México, se me permitirá transportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la república a llenar la misión impuesta a su talento, y a que había cumplido la que Dios le señaló a su valor en la lucha de la libertad de la porción más hermosa del mundo de Colon.

El general Teran, porque ya entonces era general de brigada, partió pues con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba a sustituir á las imágenes sangrientas y horrores de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó. Las Provincias Internas no habían experimentado muchos vaivenes en tiempo de la guerra de independencia, así es que, en el año de 1827 todavía se encontraban con esa rística moralidad, con ese candor primitivo de las colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpaticaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir tantas intrigas y de lidiar con todo género de caprichos y pasiones, solo quería la sincera amistad de los libros y el silencio de las aldeas.

Matamoros entonces no se hallaba como hoy, con un primeroso edificio en la plaza (\*), con una calle elegante (†), y con una multitud de mejoras y reformas; pero en cambio, el comercio era más activo, la usura no se conocía, y las muchachas bellas, frescas, lozanas, que pueblan las orillas del Rio-Bravo, bailaban candorosas, risueñas, alegres, casi todas las noches, en la puerta de sus felices jacales, al son de una tambora y un violín. Esto era precisamente lo que quería el general Teran, una población nueva, sencilla, pacífica, á quien crear, proteger y engrandecer. Las tierras fronterizas del Norte, tienen siempre encima la horrible plaga de los salvajes; así es que la felicidad y calma de aquellas vastas soledades, venía de vez en cuando á ser turbada por el silbido de un pito, por los ladridos de los perros, ó por la fuga de la caballada, todo lo cual era seguro anuncio de la proximidad de aquellos hombres del desierto que eternamente se vengán de los ultrajes que reciben, y del menosprecio con que nosotros, hombres de frac y levita, los miramos. Pero el general Teran procuró en el acto reorganizar

(\*) La casa de la Sra. Doña Juana Garza de Peñal.

(†) La llamada del Comercio.

zar las compañías presidiales, animar á los vecinos, y poner cuantos medios estaban á su alcance para restablecer la confianza y asegurar la existencia de las familias, apartadas en los bosques y desiertos de la frontera. Esto era obrar como un padre, y no como un comandante militar.

Por lo demás, fué una era de felicidad que recuerdan con ternura los habitantes de Matamoros. La tropa que tenía á sus órdenes el general Teran, no era altanera y viciosa; no se mezclaba jamás en los asuntos y querrelas del pueblo, no robaba ni el oro, ni la castidad de las mugeres, y cumplía del todo con el objeto de su institución. No es exageración lo que voy á decir, porque hay todavía muchos testigos que pudieran desmentirme.—En Matamoros y en las Villas se dormía con las puertas abiertas, y ni un solo pañuelo se perdía.

En cuanto á Tejas ¡oh Tejas era la adoración del general Teran. Aquellas vastas y verdes llanuras, aquellos bosques de nogal y roble, aquellos rios, anchos, magestuosos, á la vez que risueños, eran su encanto y embeloso. No hubo rio que no sondeara, bosque que no reconociera, florista ni playa que no hubiera visitado. Lo acompañaban en sus expediciones el coronel Noriega, que era su secretario, y los individuos que componían la comision de límites, que era D. Constantino Tarnava, teniente coronel de ingenieros y excelente matemático; D. Rafael Chowell, hermano de ese héroe jóven que fué mandado decapitar en Granaditas, y D. Luis Berlandier, conservador del museo de Ginebra, y que por amor al general Teran y á esos fértiles campos de Tejas, renunció su carrera, y sus derechos de ciudadano suizo, por tomar los de ciudadano mexicano.

Quien hubiera visto á esta reunion de hombres civilizados, vagando por los desiertos y entre las tribus bárbaras, les habria tenido compasion. Pero no, estos hombres con sus telescopios, con sus teodolitos, con sus sextantes, con sus libros y cálculos, eran felices, y muy felices, descubriendo nuevas familias á las plantas, nuevas clases á los peces, y encontrando en la hora de la salida del sol, en el medio dia, en la tarde, en la noche, nuevos atractivos y nuevas ilusiones en la naturaleza y en los cielos.

Todas las veces que yo he platicado con estos señores, los he visto casi llorar con el recuerdo del general Teran y de esas academias literarias y científicas en medio de los bosques y desiertos de Tejas; y en las diferentes posiciones que hoy guardan en la sociedad, he conocido que cambiarían gustosos su tiempo presente por el pasado, y volverían á errar por esas vastas y hermosas soledades. En efecto, llegar á un país virgen, ser el primero que comprende

y que ve los encantos de una naturaleza hermosa é ignorada, plantar los cimientos de una choza, sembrar los pequeños arbolitos al derredor, criar, educar, por decirlo así, á la tierra salvaje, es una clase de ocupacion tierna, interesante, y que no se puede comprender más que por aquellos que ejecutan estas empresas.

Y no se diga que el general Teran vagó sin utilidad ni objeto por las Provincias Internas. Cada paso que daba era una observacion. Levantó planos, formó itinerarios, marcó exactamente el curso de los rios, sondeó las barras y bahías, indagó las costumbres y usos de las numerosas tribus bárbaras que viven en Tejas; fundó poblaciones, dictó ciertas reglas para el manejo de los colonos que existían; concilió los intereses de éstos con los de los mexicanos, y proveyó cuanto era posible en un país nuevo, á las necesidades y seguridad de los que lo habitaban. El general Teran fué en la estension de la palabra, un sábio como Arago, y un político como Guillermo Penn.—No me atrevo á decidir cuál sea la época más gloriosa del general Teran, si la de sus trabajos militares en Oajaca, ó la de sus trabajos científicos en Tejas.

En Septiembre de 1829, luego que supo el desembarco de los españoles en Cabo-Rojo, voló á su encuentro, sin que tuviese aun orden para ello, pues comprendió que un soldado no necesita de órdenes cuando el enemigo exterior invade el suelo de su patria.

Bien que como es generalmente sabido la fuerza del genio y el valor de la fortuna dió al general Santa-Anna el completo triunfo, Teran tuvo mucha parte en tan honrosa y completa victoria. Sus medidas prudentes y energicas, su oportuna situacion en el paso de Doña Cecilia, su denuedo y sangre fria, contribuyeron á dar á conocer al enemigo, que por mas desorganizado y dividido que estuviera el país, había soldados valientes, alocionados ya en la guerra, y gefes que con entusiasmo estaban decididos á recoger los verdes laureles de una victoria, ó á ceschalar por su patria el poster aliento en las solitarias playas del Golfo. Fué sin duda Dios que se apadó de la suerte de México, el que preparó se reuniesen en Tampico dos generales que con opuestos elementos y disposiciones para la guerra, afianzaron para siempre la independencia de la república.

En cuanto al general Teran, grabó en esta jornada el penúltimo y más glorioso capítulo de su vida. Su espada no habia de desvenarse ya, sino para herir su propio corazon.

Después de firmada la capitulacion y tranquilizada perfectamente aquella parte del país, regresó á Matamoros, y siguió, segun entiendo, en sus expediciones á Tejas y en sus indagaciones y progresos científicos. Juzgo que los dos

años que trascurrieron desde la accion de Tampico hasta su regreso á Padilla, fué feliz, si es posible que el hombre sea feliz luchando con esta misera y caprichosa naturaleza humana. Éi juzgamos aparentemente, un hombre que lidió como un valiente por la libertad de su patria, que mantuvo constantemente su dignidad y energia, que se conservó limpio y puro en medio de la corrupcion política, que siguió á la independencia, y que habia empleado el último tercio de su carrera en las sabrosas ocupaciones de la ciencia, parece que debia encontrar grandes motivos de satisfacion y de tranquilidad. Pero no era así, como veremos.

A fines del año de 1831, se hallaba por las haciendas de los Sres. Quinteros, en Tamalipas, y entretenia una correspondencia con algunas de las personas más notables de México. Un trozo de una carta que dirigió al Dr. D. José María Luis Mora, dá á conocer sus ideas. (\*)

“Yo no soy político, ni me gusta esta carrera, que no trae sino cultidos y enemistades: mi profesión es la de soldado, y mis gustos son por las ciencias que proporcionan una vida pacífica, instructiva y agradable. El tiempo que he trascurrido desde el año de 1825, que me separé definitivamente del torbellino político, ha sido para mí el más útil y agradable, porque he aprendido mucho y porque nadie puede quejarse de mí: mis enemigos han olvidado sus pretendidos agravios, y mis amigos me han conservado su estimacion....”

Es imposible dejarse de estremecer al copiar estas líneas y reproducir estos pensamientos. ¿Cómo un hombre que tenía tan íntima conciencia de su honrado manejo político, se suicidó en un desierto, sin querer escuchar en sus últimos momentos ni la voz de sus amigos, ni las oraciones consoladoras de la religion? Esto no prueba más sino lo incomprensible que es la naturaleza del hombre, y que ya sea político, ya literato, ya científico, debe dejar en su corazon cierta dosis de ese bálsamo consolador de la religion cristiana, que lo sostiene y alivia de los dolores que causa en su alma la madad é inconsecuencia del mundo.

Ya que es preciso llegar al fin de mi capítulo, lo haré antes que la paciencia abandone á los lectores. Si fuera un romance, sin duda alguna no mataría á mi héroe; pero como escribo con la historia en la mano, y delante de testigos, fuerza es ajustarme á la verdad.

Amaneció en Padilla el día 2 de Julio de 1832, diáfano, radiante, hermoso. El cielo estaba azul; los árboles verdes, los pájaros bulliciosos alegres en demasía, el rio cristalino, las flores amarillas, haciendo brillar en su cáliz las gotas

(\*) Véase la página LXI del tomo primero de las obras sueltas de D. José María Luis Mora.